

LA NATURALEZA DE LA MEMORIA

Annie Besant

Con artículo de H.P. Blavatsky

Capítulo 01 La Memoria

La memoria es una función de la mente, y la respuesta dada a la pregunta “¿Qué es la Memoria? Debe cambiarse en la respuesta dada a una pregunta más importante: ¿Qué es la Mente?”. ¿Es un Yo o un Ego, del que la Mente, como sabemos ahora, forma parte? ¿O es la mente tan sólo el resultado de la materia en movimiento, o sea que el Yo no tiene una existencia real? ¿Acaso es la mente algo más que una sucesión siempre cambiante de percepciones y cúmulos de percepciones, y éstas son el resultado de la actividad nerviosa que responde a los estímulos periféricos y centrales? ¿O es un modo definido de ser, con percepciones et hoc genus omne tan materiales como aquello en que se ocupa, con facultades que percibe, reproduce, recoge, concibe; pero no tanto como un todo que ha de identificarse con sus actividades funcionales como el cuerpo en su conjunto consiste en comer, respirar y digerir? El famoso argumento de Hume, en las secciones quinta y sexta de su “Tratado de la Naturaleza Humana”, parte IV, será familiar al estudiante, pero aquí deseo recordar los resultados de su introspección: *“Por mi parte, cuando penetro más íntimamente en lo que llamo yo mismo, siempre tropiezo con una u otra percepción particular, de calor o frío, de luz o sombra, de dolor o placer. Jamás puedo captarme YO MISMO, en ningún momento sin una percepción. Cuando, por algún tiempo, pierdo mis percepciones, como en un sueño profundo, me siento insensible de MÍ MISMO, y puedo creer que realmente he dejado de existir. Y si mis percepciones las perdiese por la muerte, y no pudiera ya pensar ni sentir, ni ver, ni vivir, ni odiar, tras la disolución de mi cuerpo, estaría completamente aniquilado, pues no concibo qué sería necesario para convertirme en una perfecta no entidad. Si alguien, después de una reflexión elevada y carente de prejuicios, piensa tener una noción distinta de sí mismo, debo confesar que no podré razonar con él. Lo único que puedo concederle es que puede tener razón, lo mismo que yo, y que somos esencialmente diferentes en este particular. El puede quizá percibir algo sencillo y continuado a lo que llama sí mismo, aunque estoy seguro de que en mí no existe tal principio. Pero, dejando de lado a algunos metafísicos de este estilo, me aventuro a afirmar acerca del resto de la Humanidad, que solamente se*

trata de un puñado o una colección de percepciones diferentes, que triunfan entre sí con inconcebible rapidez, y se hallan en perpetuo flujo y movimiento.”. En consecuencia, Hume niega la existencia del Yo y explica que la sensación de la identidad personal se deriva de las relaciones entre los objetos percibidos.

¿Es la mente una colección de Percepciones? Pero al leer toda la argumentación resulta imposible permanecer inconsciente a la naturaleza auto contradictoria de las expresiones usadas. “Cuando penetro ... siempre tropiezo con una u otra Percepción”. ¿Qué es el Yo que tropieza con una percepción y puede observarla y reconocerla? ¿Es en sí mismo una Percepción? Y si es así ¿de qué? ¿Puede una percepción de un “conjunto” percibir otras percepciones del mismo conjunto y separándose de sus iguales escrutar el resto y reconocerlas como un conjunto? Este argumento implica que algo observa las percepciones y que asigna a cada una su nombre y lugar adecuados. A pesar de sí mismo, Hume no puede escapar del conocimiento de que él no es sus percepciones, y este resultado universal de la introspección, el conocimiento del Yo, se traiciona a sí mismo por la argumentación que apuntaba a su aniquilación. La mente no puede identificarse con sus órganos, así como el cerebro no puede identificarse con el cuerpo del que forma parte. Depende de ellos para su vida y su funcionamiento, pero NO ES ELLOS. Consideremos una percepción ordinaria, como la de una silla. ¿Puede esta percepción conocer otra, o ser algo más que la percepción de una silla? Si la mente fuese sólo una colección de percepciones ¿de qué naturaleza es la percepción que puede reconocer al resto, que puede separarse y estar por encima del resto, que puede decir: “tú eres una percepción del frío, tú la del calor, tú la del dolor, tú la del placer”? Esta percepción de las percepciones no es muy distinta del Yo que se ha negado. Es el preceptor, no una percepción. Dejemos que cada cual experimente en sí mismo; dejemos que se encierre a solas, libre de toda interrupción desde fuera; dejemos que paciente y firmemente investigue sus procesos mentales; descubrirá que los contenidos cambiantes de sus conocimientos no son “él”, que él es distinto de las sensaciones, de las percepciones, de los conceptos que pasan ante él, que éstos son suyos, no él, y que puede ahuyentarlos, que puede vaciar su mente de todo salvo de la conciencia de Sí, que puede, según palabras de Patanjali, convertirse en un “espectador sin espectáculo”. Puede argüirse que la introspección a menudo da resultados falaces, y que la observación de sí es la más difícil de todas las tareas. Concedido. O sea que nuestros sentidos pueden hacernos equivocarnos, pero son la única guía que tenemos en el mundo objetivo, el mundo que poseemos. Nuestro reconocimiento de su falta de

fiabilidad no nos lleva a rechazarlos, pero sí nos obliga a comprobar su relación con la mejor de nuestras capacidades, y a compartirlos con el sentido común de nuestra raza. Y así, con el resultado de nuestros sentidos internos, los comprobamos, comparamos sus relaciones con los de los otros, y nos aventuramos a decir que el sentido común (uso la palabra en el significado filosófico, el *sensus communis*) de la humanidad relaciona la existencia del Yo, el permanente Ego en medio de todo el flujo de percepciones y conceptos, y que su existencia es tan cierta como cualquier existencia que nos rodea en el mundo objetivo.

Recordar y olvidar Pero juzgaremos erróneamente al Yo si sólo tenemos en cuenta los procesos mentales de cada día y limitamos su extensión a la medida del conocimiento normal estando despiertos. No conozco ningún estudio que pueda arrojar más luz sobre nuestro verdadero Yo que el estudio de la Memoria, ya que sus fenómenos nos demuestran que la Conciencia es mucho más amplia que el conocimiento del momento, como la energía, en el mundo físico, es algo más que las fuerza que actúan en un instante dado del tiempo. Se emplea a mundo la analogía de la luz que elimina los lugares oscuros, y así puede servirnos aquí, los físicos definen a la energía como “cinética” y “potencial”, la activa y la latente. Así el Conocimiento puede ser activo o latente, y en la división este último es, para cada individuo, el mayor de los dos. “Olvidamos”, así se dice, más que “recordamos”; pero lo “olvidado” no se ha marchado realmente de nuestra conciencia, aunque esté en estado latente, así como la fuerza está ausente del alud que se halla a punto de caer por la ladera de una Montaña. Lo olvidado puede pasar a la Conciencia Activa, y puede revivir como el alud puede liberarse y gastar su energía acumulada, destruyendo los hogares del valle. Ninguna fuerza puede aniquilarse en el plano físico, y ninguna experiencia destruirse en el plano mental. Lo que la conciencia normal de vigilia retiene depende de la Atención, que es el nombre de una fase de la Voluntad. Lo que se recuerda mejor es lo que nos sorprende más vividamente, por ejemplo, lo que ha frenado y fijado nuestra Atención, o lo que se ha repetido tan a menudo que nuestra atención ha estado dirigida frecuentemente hacia ello; en todo caso la voluntad reside e la raíz de la retención. Todo lo que penetra en nuestra conciencia deja su huella; la mente queda modificada, como dijo Patanjali. Siendo esto así la huella debería ser recuperable, y por esto debemos desafiar a los fenómenos de la memoria. Observemos, en principio, que la memoria tiene dos principales divisiones: reproducción y recuerdo. La reproducción puede tener lugar sin el recuerdo y entonces no produce ningún reconocimiento. La memoria reproduce la imagen de una percepción pasada; ésta aparecerá a la conciencia

como nueva, a menos que el recuerdo acompañe a la reproducción y ejemplos de esto se hallan registrados como es debido. *“Maury refiere que en cierta ocasión escribió un artículo sobre la política económica para un periódico, pero las páginas se traspapelaron y, por tanto no las envió. Ya había olvidado todo lo que había escrito, cuando le pidieron que enviara el artículo prometido. Al rehace el artículo, creyó haber encontrado un nuevo punto de vista para el tema, pero cuando, unos meses más tarde, halló las páginas perdidas, descubrió que no solamente no había nada nuevo en su segundo ensayo, sino que había repetidos sus primeras ideas casi exactamente con las mismas palabras.”* (1) Du Prel cita a Leibnitz por un caso semejante: “Creo que los sueños a menudo nacen de antiguos pensamientos. Cuando Giulio Scaliger celebró en verso a los hombres más famosos de Verona, se le apareció en un sueño uno al que dio el nombre de Brugnolus, bávaro de nacimiento, que se había establecido en Verona, quejándose de haber sido olvidado. Giulio Scaliger no recordaba tal nombre, pero después de dicho sueño compuso una elegía en su honor. Más tarde, su hijo, Giuseppe Scaliger, de viaje por Italia, se enteró que en tiempos pasados habían vivido en Verona un célebre gramático o crítico de ese nombre, quien había contribuido a la restauración de la enseñanza en Italia” (2). La explicación sugerida por Leibnitz es que Scaliger había oído citar a Brugnolus, pero lo había olvidado; en el sueño hubo la reproducción del nombre sin ir acompañada del recuerdo, por lo que el nombre y el personaje le parecieron nuevos a Scaliger, de manera que no reconoció la imagen onírica presentada. Es imposible decir cuántos de nuestros sueños pueden ser de este carácter, y cuán a menudo la ausencia de reconocimiento puede otorgarles la apariencia de una revelación. Nos hallamos a veces en un lugar que hemos soñado y reconocemos como reales los paisajes vistos en sueños. Buscamos a veces en vano algún recuerdo en nuestra conciencia, y al final llegamos a la conclusión de que el sueño describió, de forma misteriosa, un paisaje desconocido para nosotros, mientras que es mucho más probable que la memoria haya reproducido en nuestra conciencia dormida las imágenes de percepciones largo tiempo olvidadas, y al fallar el recuerdo, pasen por la mente como nuevas. Flashbacks ante la muerte. Volvamos a la afirmación de “todo lo que penetra en nuestra conciencia deja su huella”. En la sección “Memoria del moribundo” de este libro, se dan algunos casos de la notable reproducción, al final de la existencia, de sucesos y ambientes de la niñez, y casi todo el mundo debe de haber sido testigo de casos de personas ancianas que recuerdan con extremada viveza los sucesos triviales de su juventud. El doctor Winslow (3) hace hincapié en algunos casos en los que, “en una vida muy avanzada, la facultad de la memoria ofrece un

grado de elasticidad extraordinario y un sorprendente vigor... Una buena ilustración de estas palabras se dio en la vida de Niehuhs, el célebre viajero danés. Ya viejo, ciego y tan enfermo que solamente podían llevarlo de la cama a un sillón, solía describir a sus amigos los paisajes vistos en su más temprana edad con maravilloso minuciosidad y vivacidad. Cuando sus oyentes se admiraban de tan asombrosa memoria, él explicaba que estando en cama se borraban todos los objetos visibles, y continuamente flotaban antes los ojos de su mente, los cuadros de todo cuanto había visto en Oriente por lo que no era ninguna maravilla que pudiera hablar de ellos como si los hubiera visto el día anterior. Con gran viveza, el intenso cielo de Asia, con su brillante y parpadeante cortejo de estrellas, que tan a menudo contemplara por las noches o la soberbia bóveda azul del cielo diurno, quedaban reflejados durante las horas de quietud y oscuridad de su alma más interna”. Pero más notable como prueba de que lo que ha surgido de la conciencia ordinaria no se destruye, son los numerosos casos registrados, que describen las extrañas resurrecciones de la Memoria, justo cuando la conciencia se torna latente, lo cual es uno de los fenómenos más notables de los ahogados. Elijo el siguiente caso relatado por Du Prel (4): “Al aproximarse la muerte, asimismo, se ha observado con frecuencia una gran exaltación de la Memoria. Fechner (5) narra el caso de una dama que cayó al agua y estuvo a punto de ahogarse. Desde el momento en que cesaron todos los movimientos corporales hasta que la sacaron del agua unos dos minutos después, según su propio relato, volvió a vivir todo su pasado, a su imaginación se presentaron hasta los más insignificantes detalles de su vida. Otro caso de la misma acción mental en que los sucesos de muchos años se presentaron conjuntamente lo describió el almirante Beaufot, según su propia experiencia. Había caído al agua y perdido la conciencia (normal). EN esta condición “surgió pensamiento tras pensamiento, con una rapidez de sucesión que no solamente es indescriptible, sino probablemente inconcebible para todo el que no se ha hallado en una situación semejante”. Al principio, se presentaron a su mente las consecuencias inmediatas de su muerte para su familia; y sus miradas volvieron luego al pasado; repitió su último crucero, otro anterior en el que había naufragado, y sus días escolares, sus progresos estudiantiles, y el tiempo perdido con sus juegos y aventuras infantiles. “Así, viajando hacia atrás, cada incidente de mi vida pasada apareció ante mí deslizándose en mis recuerdos en sucesión retrógrada, no, sin embargo, simplemente delineados, como aquí se ha establecido, sino en un cuadro completo con cada minuto y aspecto colateral; en resumen, todo el período de mi existencia parecía estar situado ante mí en una especie de vista panorámica, y cada acto del mismo

parecía ir acompañado de un conocimiento del bien y el mal, o de un reflejo de sus causas o sus consecuencias. Además, muchos sucesos triviales, desde largo tiempo olvidados, se apretujaban en mi imaginación, con el carácter de una reciente familiaridad.” (6). En este caso, también, sólo habían transcurrido dos minutos hasta que sacaron a Beaufort del agua”. La cercanía de la muerte, como la extremada vejez, a veces hacen revivir en la memoria las impresiones de la niñez, con el olvido de las costumbres más recientes. El doctor Winslow cita al doctor Rush, el cual recordaba una afirmación del reverendo doctor Muhlenberg, de Lancaster, EE.UU., quien “aludiendo a los emigrantes alemanes sobre los cuales ejercía sus cuidados pastorales, observó: “Por lo general, la gente reza brevemente, antes de morir, en su lengua natal. Este es un hecho que he hallado en innumerables casos entre mis feligreses alemanes, aunque apenas se les oía hablar en su lengua natal durante su vida y gozando de buena salud”.

Memoria estimulada por la enfermedad. Los ataques pasajeros de una enfermedad alterarán los contenidos de la memoria de un modo altamente notable, de forma que la vista casi parece obligada a haber que la conciencia retenga todas las impresiones, pero como en el umbral de la conciencia todo está latente y cambia, arriba y abajo, deja que se aparezcan algunas imágenes en la conciencia activa y otras en la latente. Los tres casos siguientes proceden de la obra del doctor Winslow (7). “El doctor Hutchinson refiere el caso de un médico que en su temprana edad renunció a los principios y dogmas del catolicismo. Durante un ataque de delirio que precedió a su muerte, rezó tan sólo según los dogmas de la Iglesia de Roma, mientras todos los recuerdos de las fórmulas preescritas por la religión Protestante quedaban borrados y olvidados de su mente por la infección cerebral. Un caballero fue arrojado de su caballo mientras cazaba. Fue trasladado desde el campo a un pabellón cercano en estado de inconsciencia, y más tarde fue llevado a su residencia. Durante toda una semana se consideró su vida en peligro inminente. Cuando se recuperó lo bastante como para poder hablar, empezó a hacerlo en alemán, idioma adquirido en su niñez, pero que llevaba más de veinticuatro años sin hablar... Un caballero sufrió un grave ataque por enfermedad. Una vez recuperado, descubrió que había perdido el recuerdo de las más recientes circunstancias, pero conservaba lúcidamente el recuerdo de los sucesos ocurridos en su niñez, de hecho, impresiones olvidadas desde largo tiempo atrás, y entonces revividas. A medida que este paciente fue recuperando la salud, observó una singular alteración en el carácter de su memoria. Volvió a recordar ideas recientes pero había olvidado todos los hechos de su pasado.” Otra clase de pruebas de la

permanencia de las impresiones en la conciencia puede extraerse de los casos registrados sobre la exaltación de la memoria, que frecuentemente acompaña a las enfermedades y condiciones anormales del sistema nervioso. Du Prel recogió gran número de casos, de los que extraigo el siguiente **(8)**: “Coleridge menciona a una sirvienta, la cual, en su delirio febril, recitó largos párrafos en hebreo, que ella no entendía, ni pudo repetir una vez curada, pero que antiguamente, sirviendo a un sacerdote, le había oído rezar en voz alta. Incluso recitó pasajes de obras teológicas, en latín y en griego, que sólo entendía a medias, cuando el cura, como era su costumbre, leía en voz alta sus autores favoritos, al ir y al volver de la Iglesia...**(9)** Un aldeano de Rostock, en estado febril, recitó de pronto en griego las palabras con las que empieza el Evangelio según San Juan, que casualmente había oído sesenta años atrás; y Benecke menciona a una campesina que, en medio de su fiebre, pronunció palabras en sirio, caldeo y hebreo, que de niña había escudado casualmente en casa de un catedrático... **(10)**. Una persona demente, curada por el doctor Willis, afirmaba que en sus ataques su memoria alcanzaba una fuerza extraordinaria, por lo que recordaba largos pasajes de autores latinos **(11)** ... Una niña de siete años, empleada como vaquera **(12)** ocupaba una habitación separada solamente por un tabique delgado de la perteneciente a un violinista, que a menudo se entregaba a su pasión favorita en medio de la noche. Unos meses más tarde, la niña fue trasladada a otra habitación, que ya había ocupado dos años antes, y a partir de entonces, con bastante frecuencia durante la noche se oían desde su cuarto unas notas iguales a las del violín, pero ahora producidas por la niña estando dormida. A veces, el llamémosle concierto, duraba varias horas, con ciertas interrupciones, tras las cuales la melodía continuaba allí donde se había interrumpido. Con intervalos irregulares, esto duró otros dos años. Después, la niña empezó a reproducir las notas de un piano que tocaban los habitantes de la casa, y más adelante empezó a hablar, con notable agudeza, sobre política y religión, incluso en forma sarcástica; también conjugaba verbos latinos o hablaba como un tutor a su pupilo. EN todos estos casos, la ignorante niña sólo reproducía lo que habían dicho los miembros de la familia o algunos de sus visitantes.” He citado este último caso a fin de llamar la atención acerca del significativo hecho de que el sueño puede provocar el cambio de umbral, así como una enfermedad o la locura. El doctos Winslow cita algunos casos de memoria extraordinaria, caracterizando una incipiente enfermedad cerebral, y también registra muchos casos curiosos de “doble conciencia”, en que el paciente prácticamente lleva una doble vida, recordando en cada caso solamente los incidentes ocurridos en ella **(13)**. De nuevo nos hallamos, al

parecer, enfrentados con el umbral cambiante como única hipótesis sostenible. Las personas hipnotizadas suelen mostrar una extremada exaltación de la memoria, repitiendo largos pasajes que únicamente han leído una vez, y recordando con exactitud sucesos pasados hace largo tiempo, por lo general triviales, describiendo con minuciosidad acontecimientos insignificantes de numerosos días sucesivos. Muchos casos de esta clase se citan en *Animal Magnetism*, de Binet y Feré, y en *Études sur la grande Hystérie*, del doctor Richer. Con este breve repaso al campo de la memoria de nuestras mentes, debemos buscar alguna hipótesis que resuma los hechos y que, comprobada por experimentos recientes, explique otros fenómenos de la Memoria. Dejo fuera de este contexto la hipótesis de Hume y considero las teorías materialistas y teosóficas de la memoria, para responder a la pregunta de si la memoria es una función de la materia en movimiento o una facultad del Yo funcionando a través de la materia, pero no resultante de la misma.

Teoría materialista de la memoria Según esta teoría, la memoria, como las demás funciones mentales, es el resultado de las vibraciones de las células nerviosas del cerebro, o neuronas, y puede expresarse en términos de materia y movimiento. Cuando un estímulo del mundo objetivo produce una vibración en un órgano sensorial, esta vibración se propaga como una onda de célula a célula de la cadena nerviosa hasta que llega al centro apropiado del cerebro. De aquí deriva la percepción, el resultado de la actividad mental. Esta acción nerviosa, una vez establecida, tiende a repetirse más fácilmente a cada estímulo similar, siguiendo esta energía nerviosa el sendero de menor resistencia, y cada aparición de la vibración similar facilita aún más las repeticiones. Una vez establecida esta vibración, puede reproducirse en ausencia del estímulo externo, y tenemos la idea en vez de la sensación – percepción. Siempre que las células nerviosas vibran como vibraron ante el primer estímulo, las ideas se repiten, y esta repetición se denomina Memoria. Ahora bien, cuando se establece por primera vez la vibración, lo hace en su mayor intensidad, y se arguye que esa intensidad vibratoria disminuye hasta ser insuficiente para afectar a la conciencia. James Ward escribió (14): “*¿Qué sabemos hoy día de esta imagen central de los intervalos cuando no se presenta conscientemente? Manifiestamente, nuestro conocimiento en este caso sólo puede inferirse, a lo sumo. Pero hay dos hechos, cuya importancia Herbart fue el primero en ver, de los que podemos aprender algo. Me refiero a lo que él llama el alza y la baja de las presentaciones. Como todas las presentaciones gozan de algo más que de una intensidad ilimitada, se elevan gradualmente a un máximo y gradualmente así*

mismo declinan; y cuando han caído por debajo del umbral de la conciencia, los procesos parecen continuar, pues cuanto más largo sea el tiempo transcurrido antes de su “resurrección”, más débiles aparecerán al revivir, y se elevarán con más lentitud. La desaparición es más rápida al principio, siéndolo o menos cuando disminuye la intensidad de la presentación. Resulta excesivo afirmar que esto ocurre con exactitud matemática, aunque Herbart sí lo afirmó. Sin embargo, sí se puede sugerir que la noción de que un objeto, aunque no sea lo bastante grande como para llamar la atención, continúa siendo presentado, aunque cada vez con menos intensidad, hasta que al final tal intensidad declina a un nivel justo por encima de cero.” En lenguaje materialista, esto significa que los elementos nerviosos vibran al principio con fuerza y siguen vibrando cada vez con menos vigor, hasta que la vibración es insuficiente para afectar a la conciencia y la imagen se hunde por debajo del umbral. Las vibraciones continúan, siempre en disminución, pero no cesan; en caso de cesar, la imagen se pierde sin poder revivir; si continúan, aunque sea débilmente, pueden ser reforzadas y alcanzar una vez más una intensidad que las eleve por encima del umbral de la conciencia. Tal refuerzo se debe a la asociación. Como dijo Sully con gran claridad **(15)**: *“A fin de entender con mayor precisión lo que significa la Ley de Asociación Contigua, podemos dejar que A y B representen dos impresiones (percepciones) que ocurran juntas, y a y b sean dos representaciones que respondan a aquéllas. Luego, la Ley afirma que cuando A (o a) se repita tenderá a excitar o elevar a b; y de manera similar, que la repetición de B (o b), tenderá a excitar a ... La explicación fisiológica de esta asociación parecer ser el hecho de que dos estructuras nerviosas que hayan actuado repetidamente juntas adquieren una disposición a actuar combinadamente de la misma forma. Este hecho lo explica la hipótesis de que tal acción conjunta de dos centros nerviosos tiende a fijar la línea de la excitación nerviosa o la descarga nerviosa cuando un centro es nuevamente estimulado en la dirección del otro. Dicho de otro modo: se forman senderos de conexión entre las dos regiones. Pero cabe dudar si los fisiólogos pueden dar una explicación satisfactoria sobre las concomitancias nerviosas del proceso asociativo.”*

El aspecto fisiológico Lewes define la memoria en el aspecto fisiológico como “una tendencia organizada a reaccionar sobre unas líneas previamente recorridas” **(16)** y Herbert Spencer relaciona cada clase de sensación con su propio grupo de células (vesículas) del cerebro. Así dice: *“Si la asociación de cada sensación con su clase general responde a la localización de la correspondiente acción nerviosa dentro de la*

gran masa nerviosa en que todas las sensaciones de esa clase tienen lugar, si la asociación de estas sensaciones con sus subclases responde a la localización de la acción nerviosa dentro de esa parte de esta gran masa nerviosa en que las sensaciones de esta subclase tienen lugar, y así sucesivamente hasta el final con los grupos de sensaciones más pequeñas y las agrupaciones menores de nervio – vesículas, entonces, ¿a qué responde la asociación de cada sensación con predecesoras de clase idéntica? Responde a la re – excitación de la vesícula o vesículas particulares que, antes excitadas, ceden a la sensación semejante antes de ser experimentada; habiéndose establecido con el estímulo apropiado en ciertas vesículas los cambios moleculares que sufren al ser perturbadas, de esto se deriva una sensación de la misma cualidad con sensaciones previamente obtenidas cuando tales estímulos dieron lugar a tales cambios en dichas vesículas. Y la asociación de sensaciones con precedentes sensaciones similares corresponde a la re – excitación física de las mismas estructuras.” (17) De este modo debemos considerar a la memoria como el resultado de la re – excitación de las vesículas del cerebro. Esta teoría es clara y bastante definida, ¿verdad? La primera dificultad que se deriva de la misma el limitado espacio disponible para contener estas vesículas, y la consiguiente limitación de su número. Ciertamente es que sus posibles combinaciones pueden prácticamente elevar al infinito su número, pero esto no nos ayuda en absoluto, ya que están vibrando continuamente, aunque sea débilmente, mientras una idea sea capaz de revivir, y una vesícula que vibre simultáneamente en millares de combinaciones se hallaría en una condición molecular pésima. Porque todas estas combinaciones han de existir simultáneamente, y cada una debe mantener sus vibraciones interrelacionadas incesantemente. Pero, ¿es esto posible? Es verdad que desde las cuerdas vibrantes de un piano pueden obtenerse miríadas de combinaciones de notas, pero no es posible conseguir que todas esas combinaciones suenen desde las cuerdas al mismo tiempo, unas altas, otras bajas, unas forzadas, otras más disminuidas. Manteniendo abajo el pedal pueden lograrse algunas combinaciones al unísono por un tiempo muy breve, mientras se producen nuevas vibraciones, pero ¿cuál es el efecto?: una borrosa confusión de sonidos, que causan un desacorde intolerable. Si hemos de explicar la memoria mediante las leyes de la materia en movimiento, debemos aceptar las consecuencias deducibles de dichas leyes, y tales consecuencias son inconsistentes con los hechos de la memoria tal como los conocemos. Todo intento de representar claramente en la conciencia las concomitancias físicas de la memoria como únicamente el resultado de los elementos nerviosos al vibrar, demostrará al estudiante

la imposibilidad de la hipótesis. El cerebro es un mecanismo suficientemente maravilloso en su condición de órgano mental, pero como creador de la mente es inconcebible. Du Prel (18) nos ayuda a comprender las dificultades que rodean a las hipótesis materialistas. Según estas hipótesis, la “Memoria” dependería de las huellas cerebrales materiales, dejadas detrás por las impresiones; por la actuación de la memoria estas huellas se renuevan constantemente, como si fueran de nuevo cinceladas, y así despiertan sendas ya recorridas (las “líneas de menor resistencia” de Herbert Spencer), “en las que el carruaje de la memoria es conducido con especial facilidad”. Y añade: *“Las deducciones desde este punto de vista ya fueron manifestadas por los materialistas del siglo pasado. Hook y otros reconocieron que, puesto que bastaba un tercio de segundo para la producción de una impresión, un hombre, en cien años, debería tener en su cerebro 9.467.180.000 huellas o copias de impresiones, o, reducidas en un tercio por el período de sueño, 3.155.760.000; así, en cincuenta años, 1.577.880.000; más todavía, concediendo al cerebro un peso de cuatro libras, y restando una libra por la sangre y las venas, y otra por el tegumento externo, un solo grano de sustancia cerebral debe contener 205.542 huellas... Además, nuestra vida intelectual no consiste de meras impresiones, que sólo forman el material de nuestro juicio. Estos átomos cerebrales no ayudan al juicio, pese a sus propiedades mágicas, por lo que hemos de suponer que cuando formamos una frase o sentencia, las impresiones se combinan, como las letras en una caja de imprenta, pero esos átomos, no obstante, son al mismo tiempo caja y cajista.”* Hay otro resultado que podría deducirse acerca de la memoria, si ésta fuese solamente el resultado de células vibratorias, y voy a permitirme citar de mi ensayo sobre el hipnotismo: “La memoria es la facultad que recibe las impresiones de nuestras experiencias y las conserva; muchas de esas impresiones se desvanecen, y decimos que las hemos olvidado. Pero está claro que pueden resucitar. Por tanto, no están destruidas, sino que son tan débiles que ese hunden bajo el umbral de la conciencia, y ya no forman parte de su contenido normal. Si el pensamiento es una “forma de movimiento”, hay que considerar de igual manera a la memoria; pero no es posible concebir que cada impresión de nuestra vida pasada, registrada en la conciencia, todavía vibre en el mismo grupo de células, aunque lo haga tan débilmente que no pueda superar dicho umbral. Porque esas mismas células son continuamente agrupadas para producir nuevas vibraciones, y todas juntas no pueden coexistir, siendo las más débiles capaces de recibir nuevos impulsos que puedan intensificar de tal modo su movimiento que logren volver de nuevo a la conciencia. Pero si esas vibraciones = memoria, si solamente tenemos

materia en movimiento, conocemos lo bastante bien las leyes de la dinámica para afirmar que si un cuerpo empieza a vibrar, y actúan sobre él nuevas fuerzas y se establecen nuevas vibraciones en el mismo, no habrá en dicho cuerpo la coexistencia de cada serie separada de vibraciones exitosamente impresas en él, sino que vibrará de manera distinta en cada serie separada y compuesta por todas. Por consiguiente, la memoria como forma de movimiento, no nos dará el recuerdo del pasado, sino que nos ofrecerá una nueva historia, resultado de todas estas vibraciones pasadas, y de esta manera serán eternamente cambiantes como nuevas impresiones, provocando nuevas vibraciones y modificando así el resultado del conjunto.” Si el lector recuerda los fenómenos de la memoria dados en la primera parte de este ensayo, si observa que los mismos parecen implicar que no olvidamos nada, es decir, que persiste cada vibración causada durante la vida, y si, recordando esto, intentamos una vez más representar claramente en la conciencia la condición cerebral que requiere esta teoría, ¿será excesivo afirmar que se verá obligado a admitir que aquello es inconcebible?. No debemos olvidar que existe una especie de carrera – memoria, inmersa en nuestro organismos físicos, que todavía complican más la labor realizada por nuestras sobrecargadas vesículas. Esta memoria inconsciente del cuerpo, derivada de la herencia física, no puede dejar de ser tenida en cuenta cuando nos ocupamos de las vibraciones celulares.

La teoría teosófica de la memoria. Aquí debo ponerme en guardia. En realidad, no puedo hablar de la teoría teosófica, puesto que no la he hallado en ninguna obra que haya leído. Solamente puedo sugerir una teoría que a mí me parece, en mi calidad de experta en teosofía, deducible de la constitución del Hombre establecida en los tratados teosóficos. Hay que aprender a distinguir entre la verdadera individualidad, el Ego, y la personalidad temporal que la viste. El Ego es el agente consciente, pensante. Del Ego forma parte la mente, una de cuyas funciones es la memoria. Todo suceso pasa a la conciencia del Ego y allí queda almacenado; de este modo, el pasado siempre está presente, puesto que todo está presente en la conciencia **(19)**. Pero la forma en que puede el Ego imprimir su conocimiento al cerebro del organismo físico con el que está conectado, y así hacer que dicho conocimiento entre la conciencia de la persona implicada, debe, según la naturaleza del caso, depender de la condición del organismo en ese momento, y de las leyes dentro de las cuales funciona. Lo que llamamos el umbral de la conciencia divide lo que se “recuerda” de lo que se olvida. Todo lo que queda más arriba de ese umbral está dentro de la conciencia personal, mientras que

cuanto se halla por debajo del mismo umbral está fuera de ella. Pero este umbral pertenece a la conciencia personal, y – éste es el punto significativo – varía con las condiciones materiales del momento. Es móvil, no fijo, y los contenidos de la conciencia varían con el movimiento del umbral. Así: A C D B Digamos que A B representa la conciencia del Ego, y que C D es el umbral de la conciencia de la persona; por encima de C D la persona será consciente, y su contenido se imprimirá en el cerebro material, que por debajo de C D será inconsciente. Pero si C D se mueve hacia arriba y hacia abajo, los contenidos de su conciencia variarán con ese movimiento, y la persona recordará u olvidará según que la idea esté encima o debajo de esa línea divisoria. (20)

Conciencia despierta y conciencia dormida. La condición del organismo varía constantemente, pero hay dos estados de conciencia que tienen todo el mundo y son claramente distinguibles: la conciencia despierta y la conciencia dormida. Los contenidos de ellas difieren de manera muy notable, funcionando bajo condiciones harto distintas. La conciencia despierta funciona bajo condiciones de tiempo y de espacio: la conciencia dormida está libre de ellos, pudiendo vivir años en un solo segundo, y pudiendo aniquilar al espacio con sus movimientos. En el sueño, el sitio del soñador depende de su pensamiento, pues se halla donde él piensa. No sólo eso, sino que la conciencia dormida a menudo retiene sucesos borrados de la memoria despierta. El lector puede volver a las páginas iniciales para observar los curiosos fenómenos de la reproducción sin recuerdo en el estado de sueño. ¿Acaso es una teoría imposible que cuando los sentidos están cerrados al mundo objetivo, cuando las funciones corporales han alcanzado su actividad más baja, el Ego pueda impresionar a ese organismo negativo con su propio contenido más de lo que puede impresionarlo en un estado más vigoroso? ¿No es como si lo que está debajo del umbral de la conciencia despierta se convierte en lo que está encima de la conciencia dormida, como si la doble vida de vigilia y de sueño fuese la actividad de un Ego que funciona bajo unas condiciones físicas en contraste? De ser así, nos vemos obligados a establecer el concepto de una dualidad en el mismo centro del Ser; cada Hombre no es uno, sino dos, en los recovecos más internos de la conciencia. Por otro lado, la teoría que definiendo deja solitaria a la individualidad, variando en su manifestaciones de acuerdo con las condiciones físicas por las que funciona; y todos los raros casos de doble conciencia, que tan perplejos tienen a fisiólogos y psicólogos, junto con los fenómenos del sonambulismo, el mesmerismo (21), el hipnotismo y condiciones similares, se alinean

como perteneciendo respectivamente a uno de los dos estados de conciencia, el dormido y el despierto, funcionando el Ego igualmente en ambos, pero condicionado, por turnos, por cada uno. “El sueño ordinario – como dice Du Prel – es una condición intermedia entre la vigilia y el sonambulismo, siendo éste solamente su exaltación”. En este contexto, hay que fijarse en estos factores: si dormimos ligeramente y soñamos, recordamos nuestros sueños; si dormimos más profundamente, a veces recordamos el sueño más vívidamente al despertar, pero al cabo de una o dos horas lo hemos olvidado por completo y no podemos revivirlo en la memoria por más que lo intentemos; en un sueño profundo soñamos, como se ha descubierto observando a una persona dormida como un leño, pero ninguna huella queda en la memoria ya despierta. En el sonambulismo, que está muy próximo al sueño profundo, no persiste ninguna memoria, por regla general, en el estado de vigilia. Una persona sonámbula lleva una doble vida: durmiendo, recuerda sus experiencias del sueño, y a veces las de la vigilia; despierta, solamente recuerda su vida de vigilia. Ocasionalmente, aunque muy raras veces, el puente dorado de la memoria cruza el golfo existente entre la conciencia despierta y la sonámbula, con los sueños interponiéndose a veces como un lazo entre ambas. Hay que recordar que un sonámbulo. Abandonado a sí mismo, pasará al sueño ordinario antes de despertar, y cuando esto sucede, el sueño puede permanecer en la memoria del sonámbulo en el estado de vigilia.

La conciencia trascendental. Du Prel explica con claridad la existencia de lo que llama “Conciencia trascendental”, que tiene mucho en común, aunque no sea idéntico, con el Ego teosófico: “No puede haber ninguna teoría perfecta del recuerdo sin la correspondiente teoría del olvido. Los fenómenos de la conciencia alternativa lo demuestra claramente. Solamente cuando sabemos en qué se convierte una impresión olvidada, podemos responder a la cuestión por la que vuelve a la memoria. Bien, ¿cuál es el proceso del olvido? Es una desaparición del sentido normal de la conciencia. No puede haber destrucción de la impresión, o su reproducción sería imposible. Excluyendo la teoría cerebro – huella, debe de haber un órgano físico que conserve la facultad de reproducir, aunque la impresión, como producto de su anterior actividad, sea destruida. Este órgano, que se halla más allá de la conciencia de sí, pertenece al inconsciente. Si, pese a todo, este órgano tuviera simplemente la facultad latente de la reproducción, y no se retirara dentro de sí mismo, y conservase sin cambiar la impresión como producto, deberíamos, otra vez, dentro de éste órgano distinguir entre lo consciente y lo inconsciente. De esta manera, esta hipótesis no explicaría nada,

quedando sencillamente la dificultad desfasada. No hay, por consiguiente, otra alternativa que afirmar que ese órgano no es en sí mismo totalmente inconsciente, sino sólo desde el punto de vista de la conciencia de sí; que no es meramente una facultad latente de reproducción sino que tiene en su conciencia la impresión, a medida que la misma desaparece de la conciencia externa. Mediante esta admisión de una conciencia trascendental, se explica la posibilidad de la memoria por la simple transposición del umbral psicofísico con el retroceso de la frontera entre el sentido y la conciencia trascendental. Si una impresión olvidada se hunde en una inconsciencia real, no está claro de qué forma en la memoria esta inconsciencia ha de volver a ser consciente. Lo olvidado, por consiguiente, no puede dejar de pertenecer a una conciencia, y como el olvido es la desaparición de la conciencia, debemos admitir la existencia de una segunda conciencia. Y así, decir que una impresión se ha olvidado significa que ha pasado por encima de la conciencia de sí a la trascendental.” (22)

Vibraciones hiperetéricas La respuesta que saltaría a los labios del materialista es que la impresión no “va” a ninguna parte, así como el movimiento no “va” a ningún sitio cuando se para una rueda. Pero esta obvia respuesta excluye, en este caso, hechos importantes. El movimiento se cambia en otra forma de energía física, como el calor provocado por la fricción que la para, y la rueda no puede reproducir el movimiento; el nuevo impulso para el movimiento debe proceder de una fuerza viva sin el mismo. Bien, la impresión puede revivir, sin una acción exterior, por auto – acción, y la teoría materialista de la memoria implica su producción continua mediante incesantes vesículas vibratorias, aunque las vibraciones no sean lo bastante vigorosas como para llamar la atención. Si admitimos la existencia del Ego, la memoria personal sería la fuerza del cerebro individual para recibir impresiones de aquella, para responder, digámoslo así, a las vibraciones más sutiles de, tal vez, la “materia – pensante” con que soñaba Clifford. Comparando las vibraciones de nuestras formas más toscas de materia con las vibraciones del éter, podemos pensar por analogía en una forma de materia tan sutil como la materia nerviosa de nuestro cerebro. En esto, realmente, puede residir la posibilidad de unas vibraciones como las que son necesarias para hacer concebibles nuestros procesos mentales. Por el momento, esto sólo es una hipótesis, pero es una hipótesis que puede iluminar este oscuro tema, por lo que puede ser aceptada provisionalmente hasta que nuevas investigaciones le den o no la razón. Así hallamos la justificación a todos los intentos de refinar e incrementar la sensibilidad de la materia nerviosa del cerebro, ya que aumentar su delicadeza

significa aumentar la facultad de responder a las vibraciones hiperetéricas, o sea capacitar al Ego para imprimir cada vez más en nuestra conciencia personal sus propios contenidos. Mediante esta teoría, podemos entender las exaltadas facultades mentales del sonámbulo, la tensión del sistema nervioso que lo torna más sensible, o sea más dado a una respuesta real. Por esto podemos comprender el peligro de la ignorancia que aflora tras esta anormal condición, los elementos nerviosos agotados por la descarga súper - rápida y la excesiva tensión. Se dice que “los grandes genios suelen estar aliados con la locura”, lo cual es una gran verdad: la sensibilidad genial puede pasar a la hipersensibilidad que es la locura. Y de este modo llegamos a la conclusión práctica: hay que caminar lentamente por esos dominios poco transitados, porque existe un peligro; pero hay que caminar, pues sin valor para enfrentarse a las tinieblas no puede vislumbrarse ninguna luz.

Citas bibliográficas correspondientes al primer capítulo:

- (1) : Maury, Le sommeil et les rêves, pag. 440, citado por Du Prel, Philosophy of Mysticism, vol. 2, pag. 13, trad. del alemán por C.C. Massey, Londres, 1889. (2) : Ibid, págs. 14 – 15.
- (3) : Diseases of the Brain and Mind.
- (4) : Op. cit., vol I, págs. 92 – 93.
- (5) : Zentralblatt für Anthropologie und Naturwissenschaft, 1863, pag. 774.
- (6) : Haddock, Somnolism and Psychism, Londres, 1851, pag. 213.
- (7) : Op. cit., pag. 320.
- (8) : Op. Cit., vol. 2, págs. 19, 21 – 22.
- (9) : Maudsley, Physiology and Pathology of the Soul.
- (10) : Radestocko, Schlaf und Traum.
- (11) : Reil, Rhapsodien.
- (12) : O pastora de vacas
- (13) : Op. Cit.
- (14) : Journal and Speculative Philosophy, vol. XVII. N° 2, citado por Sully: Outlines of Psychology.
- (15) : Outlines of Psychology.
- (16) : The Physical Basis of Mind.
- (17) : The Principles of Psychology, Londres 1831, vol. 1, pag. 258.
- (18) : Op. cit., vol. 2, págs. 108 – 109.

(19) : Todo está presente en la ideación eterna Alaya, el alma universal y consciente, como se nos ha enseñado; y el Ego más elevado (Manas) es el primer nacido de Alaya o Mahat, llamado Manasaputra = Hijo de la Mente.

(20) : Hemos excluido de esto las impresiones de carácter puramente físico, pues esto entra en la categoría de la percepción y la memoria animales. Tales impresiones llegan al Ego Humano, y es imposible dejar de observarlas, pero no pueden imprimirse indeleblemente en su conciencia, ni pueden, por tanto, seguir al Ego al Devachán.

(21) : Método curativo basado en el magnetismo animal, desarrollado por Franz Antón Mesmer (1733 – 1815) (E).

(22) : Op. Cit., vol. 2, págs. 111 – 13.

-0-0-0-

La Naturaleza de la Memoria

Capítulo 2

La naturaleza de la memoria es un problema que ha preocupado a los expertos en teosofía durante muchos años, y tal vez yo pueda asimismo preocuparles aún más al ofrecer una teoría sobre este tema; por otra parte es posible que pueda ayudarles un poco con la presentación de un punto de vista que a mí me ayuda y esclarece. ¿Qué es la memoria? ¿Cómo funciona? ¿Por qué medios recuperamos el pasado, próximo o remoto? Ya que, al fin y al cabo, sea el pasado próximo o remoto, perteneciente a ésta o a una vida anterior, los medios que gobiernan su recuperación deben ser semejantes y necesitamos una teoría que incluya todos los casos de memoria y, al mismo tiempo, nos permita entender cada caso en particular. El primer paso para lograr una teoría definida e inteligente es un entendimiento de nuestra propia composición, del Yo con sus envolturas, y sus interrelaciones. Debemos tener en cuenta constantemente que nuestra conciencia es una unidad, y que esta unidad de conciencia funciona a través de varias envolturas, que imponen en aquella una falsa apariencia de multiplicidad. La envoltura más interna y más tenue es inseparable de la unidad de conciencia: en realidad, es esta envoltura la que compone la unidad. Esta unidad es la Mónada, que habita en el plano Anupadaka, pero para todos los propósitos prácticos podemos aceptarla como el familiar Hombre Interior, el Triátomo, Atma – Buddhi – Manas, separado de las envolturas átmica, búdica y manásica. Esta unidad de conciencia se manifiesta a través y mora en envolturas que pertenecen a los cinco planos de su actividad, y la llamamos el Yo que funciona en sus envolturas. Debemos pensar, pues, en un o consciente que habita en vehículos que vibran. Las vibraciones de estos

vehículos corresponden, en el lado de la materia, a los cambios de conciencia en el lado del Yo. No podemos hablar con exactitud de vibraciones de conciencia, porque las vibraciones solamente pueden pertenecer al aspecto material de las cosas, el aspecto de la forma, y solamente podemos referirnos débilmente a una conciencia vibratoria que corresponde a las vibraciones de sus envolturas. La cuestión de los vehículos, o cuerpos, en que la conciencia, el Yo, funciona, es muy importante respecto a la memoria. Todo el proceso de recuperar sucesos más o menos remotos es cuestión de grabarlo en la envoltura – de formar parte de la materia de la envoltura en su semejanza – en que la conciencia funciona en el tiempo. En el Yo, como un fragmento del Yo universal – que para nuestro propósito podemos tomar por el Logos, aunque en realidad el Logos es solamente una porción del Yo universal - , está presente en todo, toda vez que en el Yo universal se halla presente todo lo que ha tenido, tiene y tendrá lugar en el universo: todo esto, y un ilimitado más, está presente en la Conciencia universal. Pensemos sólo en un universo y su Logos. Nos referimos al mismo como omnipresente y omnisciente. Bien, en lo fundamental, esas omnipresencias y omnisciencias se hallan en el Yo individualizado, siendo uno con el Logos, pero – y aquí es importante el pero – con una diferencia, consistente en que mientras en el Yo separado como Yo, aparte de todos los vehículos, la omnipresencia y la omnisciencia residen, en virtud de su unidad, con el único Yo, los vehículos en los que habita no han aprendido aún a vibrar en respuesta a su cambio de conciencia, al prestar su atención a una u otra parte de su contenido. Por eso podemos afirmar que todo existe en él potencialmente, y no como en el Logos; todos los cambios que se operan en la conciencia del Logos pueden reproducirse en este Yo separado, que es parte indivisible de Su vida, pero los vehículos todavía no están dispuestos como medios de manifestación. Debido a la separación de forma, debido a esta gran separación o individualización del Yo, estas posibilidades, que se hallan dentro del mismo como parte del Yo universal, están latentes, no manifiestas; son posibilidades, no actualidades. Como en cada átomo que forma parte de un vehículo, existen ilimitadas posibilidades de vibración, por lo que en cada Yo separado hay ilimitadas posibilidades de cambios de conciencia.

El Yo es Uno con el Logos. No hallamos en el átomo, como principio de un sistema solar, una ilimitada variedad de vibraciones: pero sabemos que posee cierta capacidad para adquirir una ilimitada variedad de vibraciones, que efectúa durante su evolución, ya que responde continuamente a las vibraciones que tienen lugar en su superficie. Al

final de un sistema solar, un número inmenso de átomos ha llegado al estado de evolución en que pueden vibrar en respuesta a cualquier vibración que se produzca dentro del sistema y los toque; entonces, para ese sistema, se dice que estos átomos son perfectos. Lo mismo es cierto para los Yo separados o individualizados. Todos los cambios que tienen lugar en la conciencia del Logos, representados en este Universo, y que adopten formas en este universo, se hallan asimismo dentro de la conciencia perfeccionada de ese universo, y cualquiera de tales cambios puede ser reproducido en cualquiera de ellos. Esto es la memoria: la re – aparición, la re – encarnación de la materia, de todo lo que ha estado dentro de este universo, y por consiguiente lo ha estado siempre, en la conciencia de su Logos, y en la conciencia que forma parte de Su conciencia. Aunque pensemos en el Yo como separado respecto a los demás Yoes, siempre debemos recordar que es in – separable con respecto al YO UNO, el Logos. SU vida no está separada de ninguna parte de Su universo, y en Él vivimos y nos movemos, y tenemos nuestro ser, abierto siempre a Él, lleno de su vida. A medida que el Yo se pone vehículo tras vehículo de materia, sus poderes de obtener más conocimientos resultan, a cada vehículo adicional, más circunscritos pero también más definidos. Al llegar al plano físico, la conciencia se estrecha a las experiencias que pueden ser recibidas a través del cuerpo físico, y principalmente a través de esas aberturas que llamamos órganos sensoriales, que son avenidas por las que el conocimiento puede llegar al aprisionado Yo, aunque a menudo hablamos de los mismos como conocimiento encerrado si pensamos en las capacidades de vehículos más sutiles. El cuerpo físico ofrece percepciones definitivas y claras como una pantalla con un diminuto agujero en ella que permite que un cuadro del mundo exterior aparezca en dicha pantalla, que de otro modo mostraría una superficie blanca; los rayos de luz se hallan apartados de la pantalla, pero gracias al cierre, aquellos pueden penetrar formando un cuadro claramente definido. Veamos ahora qué sucede respecto al vehículo físico en la recepción de una impresión y en el subsiguiente recuerdo de tal impresión, por ejemplo, en la memoria de aquél. Una vibración exterior choca con un órgano sensorial y es transmitida al centro apropiado del cerebro. Un grupo de células cerebrales vibra y esta vibración deja a las células en un estado algo diferente de aquél en que estaban antes de su recepción. La huella de esta respuesta es una posibilidad para el grupo celular; éste vibró de manera particular, y retiene para el resto de su existencia, como grupo de células, la posibilidad de volver a vibrar de igual manera sin recibir de nuevo un estímulo del mundo exterior. Cada repetición de una vibración idéntica fortalece esta posibilidad, dejando cada una su propia huella, pero se

necesitarán demasiadas repeticiones semejantes para establecer una repetición autónoma: las células se aproximan cada vez más a esta posibilidad de una vibración autónoma a cada repetición impulsada desde el exterior. Pero esta vibración no ha cesado con las células físicas, sino que ha sido transmitida adentro, a la célula o grupo de células correspondientes, en los vehículos más sutiles, y ha producido finalmente un cambio en la conciencia. Este cambio, a su vez, reacciona en las células, y se inicia una repetición de la vibración desde dentro debida al cambio en la conciencia, y esta repetición es una memoria del objeto que inició la serie de vibraciones. La respuesta de las células a la vibración del exterior es una respuesta impulsada por las leyes del universo físico, da a las células el poder de responder a un impulso similar, aunque más débil, procedente del interior. A cada movimiento de la materia en un nuevo vehículo, se agota un poco de poder, y de ahí que haya una reducción gradual de energía en la vibración. Cada se agota más a medida que las células repiten vibraciones similares en respuesta a nuevos impactos desde fuera, respondiendo a las células más fácilmente a cada repetición. En esto reside el valor de lo “exterior”; se despierta en la materia, con mayor facilidad que por otro medio cualquiera, la posibilidad de respuesta, ya que es más afín a los vehículos que el “interior”. El cambio operado en la conciencia, asimismo, deja a ésta más dispuesta a repetir ese cambio de lo que estuvo al principio, y cada cambio acerca más la conciencia al poder de iniciar un cambio similar. Mirando a los albores de la conciencia, vemos que los Yoes aprisionados pasan por innumerables experiencias antes de que se produzca un cambio autónomo en la conciencia; pero teniendo esto en cuenta, como un hecho, podemos abandonar estas fases preliminares y estudiar las funciones de la conciencia en un punto más avanzado. También debemos recordar que cada impacto, al llegar a la envoltura más interna y dando lugar a un cambio de conciencia, va seguido por una reacción, provocando el cambio de conciencia una nueva serie de vibraciones de dentro hacia fuera; o sea, desde dentro al Yo, seguido por las ondas que van desde el Yo hacia fuera, debido lo primero al objeto, y dando lugar a lo que denominamos percepción, y siendo lo segundo debido a la reacción del Yo, que es la causa de lo que llamamos una memoria.

Memorias de vidas pasadas Cierta número de impresiones sensoriales, obtenidas a través de la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato, ascienden por el vehículo físico a través del astral hasta el mental. Allí se coordinan en una unidad compleja, como un acorde musical se compone de multitud de notas. Esta es la función especial del cuerpo mental: recibe muchas corrientes y las sintetiza en una: construye muchas

impresiones formando una sola percepción, un pensamiento, una unidad compleja. Intentemos atrapar esa cosa compleja después de haber ido hacia dentro y tras haber provocado un cambio en la conciencia, una idea; el cambio provocado da lugar a nuevas vibraciones en los vehículos, reproduciendo las causadas en su camino hacia dentro, y en cada vehículo reaparecen en una forma más débil. Ya no es fuerte, vigorosa, vívida, pues sus partes componentes van del físico al astral y del astral al mental; reaparece en el mental de forma más débil todavía, como la copia de lo que el mental envió hacia dentro, y las vibraciones se debilitan aún más; cuando el Yo recibe del mental una reacción – ya que el impacto de una vibración al tocar cada vehículo debe provocar una reacción -, esa reacción es mucho más débil que acción original y, por tanto, parece menos “real” que la acción; esto hace que el cambio en la conciencia sea menor, y que esa minoridad represente inevitablemente una “realidad” menor. Mientras la conciencia responda demasiado poco para estar al corriente de cualquier impacto que no procesa de un vigoroso impulso del físico, está literalmente más en contacto con el físico que con las demás envolturas, y no habrá memorias de ideas, sino solamente memorias de percepciones, por ejemplo, de imágenes de objetos externos, causados por las vibraciones de la materia nerviosa del cerebro, reproducidos a sí mismos en las mencionadas materias astral y mental. Hay literalmente imágenes en la materia mental, como hay imágenes en la retina del ojo. Y la conciencia percibe estas imágenes, las “ve”, podemos decir en verdad, puesto que la vista del ojo es solamente una expresión limitada de su poder perceptivo. Cuando la conciencia se aparta, aunque sea ligeramente, del físico, volviendo más su atención a la modificación de sus envolturas más internas, ve tales imágenes reproducidas en el cerebro desde la envoltura astral por su propia reacción al pasar hacia fuera, y se produce la memoria de las sensaciones. La imagen se forma en el cerebro por la reacción del cambio en la conciencia, y allí queda reconocida. Ese reconocimiento implica que la conciencia se ha apartado ampliamente del físico hacia el vehículo astral, funcionando en él. Así, la conciencia humana funciona en el momento presente y está, por tanto, llena de memorias, siendo las mismas reproducciones en el cerebro físico de imágenes pasadas, causadas por las reacciones desde la conciencia. En un tipo humano poco evolucionado, esas imágenes son de sucesos pasados en los que el cuerpo físico estuvo implicado, memorias de hambre y de sed y de su gratificación, de placeres sexuales, y así sucesivamente, cosas en las que el cuerpo físico tomó parte activa. En un tipo más evolucionado, en la que la conciencia funciona más con el vehículo mental, las imágenes del cuerpo astral llamarán más su atención; esas imágenes toman forma en el

cuerpo astral mediante las vibraciones que salen al exterior desde el mental, y se perciben como imágenes por la conciencia cuando ésta se retira más hacia el cuerpo mental como vehículo inmediato. A medida que prodigue este proceso, y cuanto más la conciencia despierta responde a las vibraciones iniciadas desde fuera sobre el plano astral por objetos astrales, estos objetos se hacen “reales” y se diferencian de las memorias, las imágenes del cuerpo astral causadas por las reacciones de la conciencia. Anotemos de paso que, con la memoria de un objeto, se acompaña una imagen de la renovación de la experiencia más aguzada del objeto por contacto físico, a lo que llamamos anticipación, afirmando que cuanto más completa es la memoria de un acontecimiento, más completa es esta anticipación. Por eso, a veces la memoria produce en el cuerpo físico unas reacciones que normalmente acompañan al contacto con el objeto exterior, y así podemos saborear anticipadamente unos placeres que no están al alcance presente del cuerpo. Así, la anticipación de saborear una comida hará que la “boca se nos haga agua”. Esto volverá a aparecer cuando lleguemos al perfeccionamiento de nuestra teoría de la Memoria. Tras observar los cambios en los vehículos que se derivan de los impactos del mundo exterior, la respuesta a los mimos como cambios de conciencia, las menores vibraciones producidas por los vehículos mediante la reacción de la conciencia y el reconocimiento de éstos de nuevo por la conciencia como memorias, nos vuelva al punto de partida: ¿qué es la memoria?. La dispersión de los cuerpos entre la muerte y la reencarnación pone fin a su automatismo, a su poder de responder con vibraciones similares a las ya experimentadas; los grupos de respuesta están desintegrados, y cuánto queda como futura semilla para futuras respuestas está almacenado dentro de los átomos permanentes; lo débil que esto es, en comparación con los nuevos automatismos impuestos en la masa de cuerpos por nuevas experiencias de lo externo, puede juzgarse por la ausencia de cualquier memoria de vidas pasadas iniciada en los mismos vehículos. En efecto, lo único que los átomos permanentes pueden hacer es responder con mayor facilidad a las vibraciones de clase semejante a las previamente experimentadas que a las que presentaron por primera vez. La memoria de las células, o de un grupo de células, perece con la muerte, y no puede recuperarse como tal.... Entonces ¿dónde se conserva la memoria?. La breve respuesta es: la memoria no es una facultad y no se conserva; no se acomoda en la conciencia como una capacidad, no existe ninguna memoria almacenada en la conciencia individual. Cada suceso es un hecho presente en la conciencia universal, en la conciencia del Logos; todo cuanto ocurre en Su universo, pasado, presente y futuro, siempre está ahí, es Su conciencia

que todo lo abarca, en Su “Eterno Ahora” . Desde el comienzo del universo hasta su final, desde su amanecer a su ocaso, todo está ahí, siempre presente, existente. Todo está en ese océano de ideas, todo ES; nosotros, bogando por el mar, tocamos fragmentos de sus contenidos, y nuestra respuesta a ese contacto es nuestro conocimiento; conociendo, podemos volver a tomar contacto más fácilmente y esta repetición – cuando no hay contacto de la envoltura externa del momento con los fragmentos que ocupan su propio plano – es la memoria. Todas las “memorias” pueden recuperarse debido a que todas las posibilidades de vibraciones productoras de imágenes se hallan dentro de la conciencia del Logos, y nosotros podemos tener parte en esa conciencia con más facilidad habiendo compartido previamente y más a menudo vibraciones similares; por consiguiente, las vibraciones que han formado parte de nuestra experiencia podemos repetirlas con más facilidad que las que jamás hemos conocido, y aquí entra en juego el valor de los átomos permanentes; al repetir el estremecimiento, al ser estimuladas, las vibraciones antes experimentadas, y por encima de todo las posibilidades de vibraciones de los átomos y moléculas de nuestros cuerpos, dan respuesta a la nota dada por los átomos permanentes. El hecho de haber estado afectados vibratoriamente y por los cambios de conciencia durante la vida actual, nos facilita extraer de la conciencia universal lo que ya hemos experimentado en nuestra propia conciencia. Así se trate de una memoria de la vida presente, o de otra anterior, el método de recuperación es el mismo. No hay memoria, excepto la conciencia siempre presente del Logos, en el que literalmente vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser; y nuestra memoria está meramente poniéndonos en contacto con aquellas partes de Su conciencia que ya hemos compartido previamente. Por consiguiente, según Pitágoras, toda enseñanza es recuerdo, pues va de la conciencia del Logos a la del separado Yo, por lo que nuestra esencial unidad con Él es eternamente de nosotros. En el plano en que la Unidad supera a la separación, compartimos Su conciencia de nuestro Universo; en los planos inferiores, donde la separación destruye la unidad, nos vemos obstaculizados por nuestros vehículos no evolucionados. Es la falta de respuesta lo que nos estorba, pues solamente podemos conocer los planos a su través. Por tanto, no podemos mejorar directamente nuestra memoria, pudiendo únicamente mejorar nuestra receptividad general y el poder de reproducir, haciendo nuestros cuerpos más sensibles, pero cuidando de no ir más allá de su límite de elasticidad. Asimismo podemos “prestar atención; es decir, podemos cambiar la información de la conciencia, podemos concentrar la conciencia en la parte especial de la conciencia del Logos con la que deseamos sintonizar. No necesitamos

agobiarnos con cálculos tales como “cuántos ángeles pueden permanecer de pie en la punta de una aguja”, cómo podemos conservar en un espacio limitado el ilimitado número de vibraciones experimentadas en muchas vidas; ya que el conjunto de vibraciones productoras de formas del universo está siempre presente, y están al alcance de toda unidad individual, pudiendo alcanzarlas por evolución, a medida que se van experimentando cada vez más. Apliquemos ahora esto a un suceso de una vida anterior. Algunas circunstancias “permanecen en nuestra memoria”, otras se han “olvidado”. En realidad, el suceso existe con todas sus circunstancias, “recordado” y “olvidado” a la par, menos en una condición: la memoria del Logos, la memoria universal. El que es capaz de estar en contacto con esa memoria puede recuperar todas las circunstancias, dentro de nuestras posibilidades; los sucesos por los que hemos pasado no son nuestros, sino que forman parte del contenido de Su conciencia; y nuestra sensación de propiedad de ellos se debe solamente al hecho de que hayamos vibrado anteriormente con los mimos y, por tanto, vibrar de nuevo con ellos es más fácil que tomar contacto por primera vez. Podemos, no obstante, contactar con diferentes envolturas en tiempos distintos, viviendo como lo hacemos bajo condiciones de tiempo y espacio que varían con cada envoltura. La parte de la conciencia del Logos que movemos en nuestros cuerpos astral y mental, y los contactos a través de un cuerpo bien organizado son más vívidos que los que se tienen a través de un cuerpo peor organizado. Además, cabe recordar que la restricción de área se debe solamente a nuestros vehículos; enfrentados a un acontecimiento completo, físico, astral, mental o espiritual, nuestra conciencia del mismo queda limitada al radio de acción de los vehículos capaces de responder al mismo. Sentimos que nos hallamos entre las circunstancias que rodean el vehículo más vulgar con el que actuamos, y que así lo toca desde “fuera”; mientras que “recordamos” las circunstancias con las que contactamos en vehículos más sutiles. Transmitiendo dichas vibraciones al vehículo más vulgar, que de este modo es tocado desde “dentro”.

Test de objetividad El Test de objetividad que aplicamos a las circunstancias “presentes” o “recordadas” es la del “sentido común”. Si los demás que nos rodean ven como nosotros, oyen como nosotros, consideramos las circunstancias como objetiva: si ello no las consideran así, si son inconsciente de lo que nosotros somos conscientes, consideramos las circunstancias como subjetivas. Espero este Test de objetividad solamente es válido para los que actúan en las mismas envolturas: si una persona funciona en el cuerpo físico y otra en el físico y el astral, las cosas objetivas

para el hombre en el cuerpo astral no pueden afectar al hombre en el cuerpo físico, y este declarará que se trata de alucinaciones subjetivas. El "sentido común" sólo puede funcionar en cuerpos similares, dando resultados iguales cuando todos estén en cuerpos físicos, todos en cuerpos astrales o todos en cuerpos mentales. Porque el "sentido común" es solamente las formas de pensamiento del Logos en cada plano, condicionando a cada conciencia encarnada y capacitándola para responder a ciertos cambios para ciertas vibraciones en sus vehículos. No se halla en absoluto confinado al plano físico, aunque la humanidad, por término medio, en la presente fase de evolución no haya todavía desarrollado la conciencia que en ella habita lo suficiente para ejercer ninguna clase de "sentido común" en los planos astral y mental. EL "sentido común" es un testimonio elocuente de la unicidad de nuestras vidas residentes; vemos todo cuanto nos rodea en el plano físico de la misma manera, porque nuestras conciencias, aparentemente separadas, forman todas parte de una conciencia única que anima todas las formas. Todos respondemos a la misma manera general, según el estado de nuestra evolución, porque compartimos la misma conciencia y nos vemos afectados por las mismas cosas a causa de que la acción y la reacción existente entre ellas y nosotros es la interacción de una vida en formas distintas. La recuperación de algo por la memoria, por tanto, se debe a la eterna existencia de todo en la conciencia del Logos, y Él nos ha impuesto las limitaciones de tiempo y espacio a fin de que podamos, por la práctica, ser capaces de responder rápidamente, por medio de los cambios de conciencia, a las vibraciones provocada en nuestros vehículos igualmente animados por la conciencia; así, solamente podemos aprender gradualmente a distinguir con precisión y claridad; tomando contacto con las cosas sucesivamente – esto es, estando en el tiempo – y contactándolas en direcciones relativas respecto a nosotros mismos y los demás – o sea, estando en el espacio -, y así nos vamos desarrollando gradualmente hasta el estado en que podremos reconocer todo simultáneamente y en todos los lugares, o sea, fuera del tiempo y el espacio. Cuando pasamos por innumerables sucesos de la vida descubrimos que no estamos en contacto con todo aquello por lo que hemos pasado, pues existe un poder muy limitado de respuesta en nuestro vehículo físico, y por esto numerosas experiencias caen fuera de su esfera. En trance, podemos recuperarlas, y así se dice que emergen del subconsciente. En realidad, permanecen sin cambiar en la Conciencia universal, y al pasar junto a ellas las reconocemos porque la muy limitada luz de nuestra conciencia, amortajada en el vehículo físico, incide en ellas, desapareciendo cuando hemos pasado; pero como la zona que cubre esa misma luz al brillar a través del vehículo

astral es más amplia, vuelven las experiencias cuando estamos en trance, que es estar en el vehículo astral, libre del físico; no han hecho un viaje de ida y vuelta, sino que la luz de nuestra conciencia en el vehículo físico ha pasado adelante y no las vemos, pero como es más grande la luz del vehículo astral, nos permite volver a verlas. Como bien dijo Bhagaván Das (1): *“ SI un visitante vagase sin descanso por los pasillos de un vasto museo, una gran galería de arte, en medio de la noche, con una sola linterna en la mano, cada uno de los objetos naturales, las escenas pintadas, las estatuas, los retratos, estarían alumbrados por esa linterna, en sucesión, durante un solo instante, mientras que todo lo demás estaría en tinieblas, y al cabo de ese solo instante, lo iluminado volvería a estar a oscuras. Bien, ahora no se trata de uno sino de un número interminable de visitantes, tantos como objetos de arte pudiera haber en el museo, y cada espectador entra y sale sin cesar por entre los grupos formados en los pasillos, con cada linterna iluminando momentáneamente un objeto y sólo para el espectador que la sostiene. Este inmenso e inamovible edificio es la pequeña ideación del inmutable Absoluto. Cada visitante con su linterna que sale de entre la incontable multitud es una línea de la conciencia que sale de las líneas pseudo infinitas de la totalidad de una conciencia universal. La incidencia de la luz sobre cada objeto es la evidencia, es una experiencia del jiva, oscureciéndose cada objeto en su caída hacia lo latente. Desde el punto de vista de los objetos, o del de la conciencia universal, no hay latencia, ni evidencia. Sí las hay desde las líneas de conciencia.” (2)*

La conciencia “cambia su atención”. A medida que vehículo tras vehículo funcionan a pleno, se extiende la zona iluminada, y la conciencia puede cambiar su atención a cualquier parte de dicha zona, y observar atentamente los objetos en ella incluidos. Así, cuando la conciencia puede funcionar libremente en el plano astral, y conocer su medio ambiente, puede ver gran parte de lo que es “pasado” o “futuro”, en el plano físico, si se trata de cosas a las que en el “pasado” se aprendió a responder. Las cosas que están fuera de la zona iluminada, llegando a través del vehículo del cuerpo astral, se hallarán dentro de la zona que fluye del vehículo mental, mucho más sutil. Cuando el cuerpo causal es el vehículo, puede recuperarse la “memoria de las vidas pasadas”, ya que el cuerpo causal vibra más fácilmente ante los sucesos con los cuales había vibrado, y la luz que en la zona brilla abarcará una zona mayor e iluminará escenas de un largo “pasado”, siendo dichas escenas tan actuales como las presentes, pero ocupando un lugar diferente en el tiempo y el espacio. Cuanto más inferiores son los vehículos, los que no han vibrado anteriormente ante esos sucesos, no pueden

contactarlos fácil y directamente, y darles respuesta; esto pertenece al cuerpo causal, al vehículo relativamente permanente. Pero cuando este cuerpo les responde, las vibraciones correspondientes descienden y pueden reproducirse en los cuerpos mental, astral y físico. La frase empleó antes, acerca de la conciencia: “La conciencia puede cambiar su atención a cualquier parte de dicha zona, y observar atentamente los objetos en ella incluidos”. Este “cambio de atención” corresponde muy estrechamente, en conocimiento, a lo que llamaríamos enfocar el ojo en el cuerpo físico. Si observamos la acción que tiene lugar en los músculos oculares cuando miramos primero un objeto próximo y luego otro distante, o viceversa, tendremos conciencia de un ligero movimiento, y esta contracción o relajación produce una ligera compresión o una inversión en las lentes del ojo. Se trata de una acción automática, muy instintiva, pero solamente se vuelve así con la práctica; un bebé no enfoca sus ojos, no mide las distancias. Tanto alarga los brazos hacia una vela que brilla al otro lado de la habitación como a la que está a su alcance, y sólo muy lentamente aprende a conocer lo que se halla más allá de sus manos. El esfuerzo para ver con claridad conduce al enfoque del ojo, y al final éste se torna automático. Los objetos en los que se centra el ojo, entran dentro de un claro campo visual, y el resto se divisa con vaguedad. Así también, la conciencia es claramente sabedora de aquello en lo que ha centrado su atención, y todo lo demás continúa vago, “fuera de foco”. Un hombre aprende de este modo, gradualmente, a volver su atención a las cosas pasadas, según nuestra medida del tiempo. El cuerpo causal se pone así en contacto con ellas, y las vibraciones se transmiten a los cuerpos inferiores. La presencia de un estudiante más avanzado ayudará a uno menos adelantado, porque cuando se hace vibrar, en respuesta a los sucesos del pasado, al cuerpo astral de otro, creando de esta manera una imagen astral de dichas cosas, el cuerpo astral del estudiante más joven puede reproducir con mayor facilidad esas vibraciones y, por consiguiente, “ver” también. Más incluso cuando un hombre ha aprendido a entrar en contacto con su pasado, y a través del suyo con el de otros relacionados con él, hallará más dificultoso volver su atención, eficazmente, a las escenas con las que no estuvo relacionado: y cuando domine esto, aún encontrará más difícil entrar en contacto con escenas que se hallen fuera de las experiencias de su reciente pasado; por ejemplo, si desea visitar la luna, y por los métodos normales se lanza en esa dirección, se verá bombardeado por una granizada de vibraciones insólitas a las que no podrá responder, y necesitará retroceder hasta su inherente poder divino para responder a todo lo que pueda afectar a sus vehículos. Si busca ir todavía más lejos, a otra cadena planetaria, tropezará con una barrera que no

podrá traspasar, el “Anillo No Se Pasa” de su propio Logos planetario. Así empezamos a comprender lo que significa que las personas, con un cierto grado de evolución, pueden llegar a tal o cual parte del Cosmos; pueden entrar en contacto con la conciencia del Logos, fuera de las limitaciones impuestas por sus vehículos materiales a los menos evolucionados. Estos vehículos, compuestos de materia modificada por la acción del Logos planetario de la cadena a la que pertenecen, no pueden responder a las vibraciones de una materia diferentemente modificada; y el estudiante debe ser capaz de usar su cuerpo átomico antes de poder contactar con la memoria universal más allá de los límites de su propia cadena. Tal es la teoría de la memoria que yo ofrezco a la consideración de los estudiantes de teosofía. Se aplica igualmente a las memorias pequeñas y los olvidos de la vida cotidiana, así como a los vastos alcances aludidos en los párrafos precedentes. Porque no hay nada pequeño o grande en el Logos, y cuando realizamos el menor acto de memoria estamos entrando en contacto con lo omnipresente y omnisciente del Logos, lo mismo que cuando recordamos un pasado muy lejano. No hay “pasado lejano” ni “próximo pasado”. Todos están igualmente presentes en todos los tiempos y en todos los espacios; la dificultad reside en nuestros vehículos, y no en la vida sin cambios que todo lo abarca. Todo se vuelve más inteligible y más pacífico cuando pensamos en la Conciencia, en la que no hay “antes” ni “después”, ni “pasado”, ni “futuro”. Empezamos a sentir que estas cosas sólo son ilusorias, limitaciones impuestas por nuestras propias envolturas, necesarias hasta que nuestros poderes hayan evolucionado y estén a nuestro servicio. Vivimos inconscientemente en esta poderosa Conciencia en al que todo está eternamente presente, y apenas sentimos que si pudiéramos vivir conscientemente en ese Eterno reinaría la paz. No conozco nada que más pueda dar a los acontecimientos de la vida sus verdaderas proporciones que esta idea de una Conciencia en la que todo está presente desde el principio, en la que, en realidad, no hay comienzo ni final. Aprendemos así que no hay nada terrible ni nada que sea relativamente penoso, y en esta lección reside el principio de la verdadera paz que, a su debido tiempo, brillará jubilosamente.

Citas bibliográficas correspondientes al segundo capítulo:

(23): Babu Bhagaván Das, filósofo y autor indio, fue un importante colaborador de Annie Besant. Su nombre significa literalmente “Servidor de Dios” (E).

(24): The Science of Peace, Theosophical Publishing House, Adyar, Madrás, 1946 (3^o Ed.), págs. 430 – 1. -0-0-0-

La Naturaleza de la Memoria

Capítulo 03

Artículo de HPB aparecido en 1889

Memoria del Moribundo

Hallamos en una vieja carta de un Maestro, escrita hace años a un miembro de la Sociedad Teosófica, las siguientes y sugestivas líneas del estado mental de un moribundo: *“En el último momento, toda la vida se refleja en nuestra memoria y emerge de todos los rincones de y las esquinas olvidadas, imagen tras imagen, un suceso después de otro. El cerebro moribundo desaloja la memoria con un fuerte y supremo impulso; y la memoria recupera fielmente cada impresión a ella confiada durante el período de la actividad cerebral. Las más fuertes impresiones y pensamientos se convierten naturalmente en lo más vívido, y sobreviven, por decirlo así, a todo lo demás, que ahora se desvanece y desaparece para siempre, aunque reaparece en el Devachán. Ningún hombre muere loco o inconsciente, como afirman algunos fisiólogos. Incluso un demente o el que padece un ataque de delirium tremens tiene su instante de lucidez perfecta en el momento de la muerte, aunque sea incapaz de transmitirlo a los presentes. El hombre puede a menudo parecer muerto, sin embargo, desde las última pulsaciones, entre los latidos finales del corazón y el momento en que la última chispa de calor animal abandona el cuerpo, el cerebro piensa y el Ego vive en esos breves segundos toda su vida nuevamente. Habla en susurros, tú que asistes a un lecho de muerte y te hallas en la solemne presencia de la Muerte. Especialmente mantente quieto una vez que la Muerte ha posado su húmeda manos sobre el cuerpo. Habla en susurros, digo, si no perturbarás la callada onda de pensamiento, obstaculizando la atareada labor del Pasado que arroja su reflejo sobre el velo del Futuro ... “* (1) La anterior declaración ha sido fuertemente negada por los materialistas; la biología y la psicología (científica) estaban en contra de tal idea, y mientras la última carecía de datos demostrativos para oponerse a esa hipótesis, la primera alegó que la idea era solamente una vacía “superstición”. Mientras tanto, hasta la biología puede progresar, y esto es lo que sabemos de sus últimas consecuciones. El doctor Ferré comunicó recientemente a la Sociedad Biológica de París, una curiosa nota sobre el estado mental del moribundo, que corrobora maravillosamente lo expuesto antes. Porque es al especial fenómeno de las reminiscencias vitales, y ese súbito resurgimiento en la pared en blanco de la memoria, con todos sus “recovecos y

esquinas” descuidados y olvidados, con esas “imágenes tras imágenes”, que el doctor Ferré llamó la atención de los biólogos.(2) Sólo necesitamos dos casos entre los numerosos citados por este científico en su Informe, demostrando que son científicamente correctas las enseñanzas que recibimos de nuestros Maestros orientales. El primero es el de un moribundo tuberculoso, cuya enfermedad se había desarrollado como consecuencia de una afección de la columna vertebral. El enfermo había ya perdido el conocimiento, cuando devuelto a la vida mediante dos inyecciones sucesivas de un gramo de éter cada una, levantó levemente la cabeza y empezó a hablar rápidamente en flamenco, lenguaje que ninguno de los que le rodeaban, ni él mismo, entendía. Tras darle una cartulina blanca y un lápiz, el hombre escribió a gran velocidad varias líneas en ese lenguaje – muy correctamente, como se supo más tarde – se dejó caer hacia atrás y falleció. Una vez traducido, resultó que el escrito se refería a un asunto muy prosaico. El muerto había recordado de pronto, decía lo escrito, que le debía a un compañero la suma de quince francos desde 1868 – más de veinte años antes – y deseaba abonar tal deuda. Pero ¿por qué escribir en flamenco su última voluntad? El difunto era natural de Antwerp, pero había salido de su país en la niñez, sin llegar a conocer tal idioma, pasando el resto de su vida en París, por lo que sólo sabía hablar y escribir en francés. Evidentemente, la vuelta de su conciencia, ese último destello de memoria desplegado ante él, como en un panorama retrospectivo, toda su vida, incluso el trivial hecho de haber pedido prestados, veinte años antes, unos francos a un amigo, no emanó sólo de su cerebro físico, sino de su memoria espiritual, la del Ego Superior (Manas o la individualidad reencarnada). El hecho de hablar y escribir en flamenco, lenguaje que había oído en una época de su vida en que todavía no sabía hablar, es una prueba adicional. El Ego es casi omnisciente en su naturaleza inmortal. Pues la materia no es más que “el último grado y una sombra de la existencia”, como dijo Ravaisson, miembro del Instituto Francés. Pasemos al segundo caso. Otro paciente, que se moría a causa de tuberculosis pulmonar y también fue reanimado con una inyección de éter, volvió la cabeza hacia su esposa y le dijo: - Ahora no puedes encontrar aquel alfiler, pues desde entonces han cambiado todo el pavimento. Era una referencia a la pérdida de un alfiler de sombrero sufrida dieciocho años antes, un hecho tan trivial que había sido casi olvidado, revivido únicamente en los últimos instantes de vida de aquel hombre, que tras expresar su pensamiento de viva voz, calló súbitamente y exhaló su último suspiro. Así, parecen ser capaces de recordar uno de entre los mil sucesos y accidentes cotidianos guardado en la

conciencia, en el supremo momento de la disolución. ¡Una larga vida, tal vez, vivida de nuevo en el corto espacio de un segundo!.

Memoria del sonámbulo Podría dar un tercer caso, que corrobora aún más fuertemente el aserto del ocultismo que habla alto a favor de esos recuerdos debidos al poder del pensamiento del Individuo, y no al del Yo inferior de la persona. Una joven, sonámbula hasta sus veintidós años, realizaba durante sus horas de sonambulismo las más variadas funciones de la vida doméstica, de las que nada recordaba al despertar. Entre otros impulsos psíquicos que solamente se manifestaban durante su sueño, había una secreta tendencia muy ajena a ella en estado de vigilia. En esta fase era una joven abierta y sincera en alto grado, y muy cuidadosa de su propiedad personal; pero durante el sonambulismo tomaba artículos suyos o que se hallaban a su alcance y los escondía con astuta habilidad. Siendo esta costumbre conocida por sus familiares y amigos, así como por dos enfermeras, que estaban al acecho para vigilar sus acciones desde hacía varios años, sólo desaparecieron cosas que fácilmente podían ser devueltas a su lugar normal. Pero una noche bochornosa, la enfermera de turno se quedó dormida, y la joven se levantó y se dirigió al estudio de su padre. Éste, notario de cierta fama, había estado trabajando hasta una hora tardía aquella noche. Fue durante una momentánea ausencia del estudio que entró allí la sonámbula y, deliberadamente, se apoderó de un testamento, cuyas hojas estaban abiertas sobre el escritorio, así como de varios miles de libras en bonos y billetes. Lo ocultó todo en el hueco de dos columnas falsas de la librería, que hacían juego con otras verdaderas más sólidas, y saliendo de allí antes del regreso de su padre, volvió a su dormitorio sin despertar a la enfermera todavía dormida en el sillón. El resultado fue que, cuando la enfermera negó rotundamente que la sonámbula hubiese salido de la habitación, las sospechas dejaron de recaer en la auténtica culpable y el dinero y el documento jamás fueron recuperados. Esto dio lugar a una demanda judicial que casi arruinó al notario y destruyó para siempre su reputación, viéndose la familia reducida a ciertas estrecheces. Unos nueve años más tarde la joven que, en los últimos siete años no había caído en el sonambulismo, enfermó de tisis y al final sucumbió. Ya en su lecho de muerte, se levantó el velo que había oscurecido hasta entonces su memoria, se despertó su divina intuición, las imágenes de su vida pasaron ante su ojo interno, y, entre otras cosas, vio la escena de su robo en estado de sonámbula. Saliendo de pronto de su letargo, en el que llevaba varias horas, su cara mostró señales de una terrible emoción y exclamó: - ¡Ah! ¿Qué es lo que hice? ... Yo fui la que robó el testamento y el dinero ... Id a

buscarlo todo en las columnas huecas de la librería, donde lo puse ... No acabó la frase, pues la emoción la mató. Pero los demás buscaron y encontraron el testamento y el dinero en uno de los pilares, tal como ella dijera. Lo que hace más extraño este caso es que los pilares eran tal altos que incluso usando una silla y teniendo tiempo suficiente para ello, y no unos pocos segundos, la sonámbula no podía haber tirado lo robado por el hueco. Sin embargo, hay que añadir que los estáticos y los convulsionistas (Vide the Convulsionnaires de St. Médard et de Morzine), parecen poseer una facilidad anormal para trepar por paredes lisas y hasta llegar a las copas de los árboles.

Cerebro: canal entre dos planos. Tomando estos hechos como ciertos, ¿no inducen en realidad a creer que el sonámbulo posea una inteligencia y una memoria propias, separadas de la memoria física del yo inferior en vigilia, y que es el primero el que recuerda in artículo mortis, cesando de funcionar el cuerpo y los sentidos físicos, efectuando gradualmente la inteligencia una escapada final por la avenida la psique y, ya lo último de todo, de la conciencia espiritual? ¿Por qué no? Incluso la ciencia materialista empieza ya a conceder a la psicología algo más de lo que reconocía hace unos veinte años. “La existencia real – dijo Ravaisson – la vida de la que las otras vidas sólo son una silueta imperfecta, un débil bosquejo, es la llama del Alma.” Esto que el público en general llama “Alma”, nosotros lo denominamos “Ego reencarnado”. “Ser es vivir, y vivir es voluntad y pensamiento”, dijo el científico francés. **(3)** Pero si hasta el cerebro físico es sólo un área limitada, el campo que contienen los rápidos destellos del pensamiento ilimitado e infinito, no puede decirse ni de la voluntad ni del pensamiento que se generen en su interior, aun concediendo a la ciencia materialista el insalvable abismo entre materia y mente, ambos confesados por Tyndall y otros muchos. De hecho, el cerebro humano es simplemente el canal existente entre dos planos: psicoespiritual y material, a cuyo través se filtran las ideas abstractas y metafísicas descendiendo desde el plano manásico a la conciencia humana inferior. Por tanto, las ideas acerca de lo infinito y lo absoluto no están ni pueden estar dentro de nuestras capacidades cerebrales. Pueden ser fielmente reflejadas solamente por nuestra conciencia espiritual, y de ahí proyectadas más o menos débilmente a las tablas de nuestra percepción en este plano. Así, en tanto que los recuerdos de sucesos importantes son a menudo olvidados por nuestra memoria, ni el hecho más trivial de nuestras vidas puede desaparecer de la memoria del “alma”, porque NO ES memoria de ella, sino una presente realidad el plano que se halla fuera de nuestros conceptos de

espacio y tiempo. “El hombre es la medida de todas las cosas”, dijo Aristóteles, ¡Y seguramente no se refería, por hombre, a las formas de carne, huesos y músculos!

En nosotros está lo inalcanzable. De todos los profundos pensadores, Egard Quinet, el autor de “Creación”, expresó muy bien esta idea. Hablando del Hombre, lleno de sensaciones y pensamientos de los que no tiene en absoluto conciencia, o que solamente siente como impresiones fugaces y muy débiles, mostró que el ser humano sólo se da cuenta de una pequeña porción de su ser moral. “Los pensamientos que tenemos, pero somos incapaces de definir y formular, una vez rechazados, buscan refugio en la techumbre de nuestro ser ... “ Una vez arrojados fuera por los persistentes esfuerzos de nuestra voluntad, “retroceden ante ésta, más todavía, siempre a más profundidad hacia – quién sabe que – fibras, pero allí quedan para reinar e impresionarnos de forma ignorada a nosotros mismos ... “. Sí, se tornan tan imperceptibles y tan alejados como las vibraciones del sonido y el color cuando superan la escala normal. Invisibles y eludiendo ser asidos, siguen funcionando, poniendo los cimientos de nuestras acciones y pensamientos futuros, obteniendo dominio sobre nosotros, aunque nunca pensamos en ellos y a menudo seamos ignorantes de su ser y su presencia. Quinet, el gran estudiante de la naturaleza, parece haber estado más acertado en sus observaciones que al referirse a los misterios de que todos estamos rodeados. “No los misterios del cielo y la tierra sino los presentes en la médula de nuestros huesos, en nuestras células cerebrales, en nuestros nervios y nuestras fibras. No hay necesidad – añadió – a fin de buscar lo desconocido, de perdernos en el reino de las estrellas, cuando aquí, junto a nosotros y en nosotros, se halla lo inalcanzable. Así como nuestro mundo está formado mayormente por seres imperceptibles que son los verdaderos constructores de sus continentes, lo mismo es el hombre.” Una gran verdad: puesto que el hombre es un manojito de oscuras y para sí mismo inconscientes percepciones, de sentimientos indefinidos y emociones mal comprendidas, de memorias olvidadas y de conocimiento que llega a la superficie de su plano: ignorancia. Sin embargo, mientras que la memoria física de un hombre sano se halla a menudo oscurecida, un hecho sobreponiéndose a otro más débil, menos importante, en el momento del gran cambio que los hombres llaman muerte, lo que nosotros llamamos “memoria” parece volver a nosotros con todo su vigor y frescura. ¿Es posible que esto no sea como creemos, sino simplemente el hecho de que, durante unos segundos al menos, nuestras dos memorias (o mejor los dos estados, los estados superior e inferior de la conciencia) se funden en una sola, y el moribundo se

encuentra en un plano donde no hay pasado ni futuro sino solamente presente?. La Memoria, como todos sabemos, es más fuerte respecto a sus primeras asociaciones, o sea cuando el futuro hombre es sólo un niño, y más un alma que un cuerpo, y si la memoria es una parte de nuestra alma, entonces, como Thackeray dijo, debe ser de necesariamente eterna. Los científicos lo niegan; nosotros los teósofos, afirmamos que así es. Aquellos, para sus negativas no tienen pruebas; nosotros tenemos, para apoyar nuestras creencias, innumerables hechos como los tres descritos antes. Los eslabones de la cadena de causa a efecto en relación con la mente son y deben seguir siendo una terra incógnita para los materialistas. En realidad, ya han adquirido una convicción muy honda y, como dice Pope,: Adormecidos en las incontables cámaras del cerebro Nuestros pensamientos están unidos por muchas cadenas ocultas ... (4) ... y los materialistas siguen sin descubrir esas cadenas, de modo que ¿cómo esperan desvelar los misterios de la mente más elevada, de la mente espiritual?

Citas bibliográficas correspondientes al tercer capítulo:

(25): The Mahatma Letters to A.P. Sinnett (Cartas de los Maestros K. H. y M. Para A. P. Sinnett, 2do. Vol; Orión, México DF) Theosophical Publishing House, 1979, pág. 167.

(26): Recientes investigaciones del doctor Raymond Moody, de la doctora E. Kübler – Ross y de otros muchos científicos ofrecen también confirmaciones al respecto. (E)

(27): Rapport sur la Philosophie en France au XIX éme siècle.

(28) : Lulled in the countless chambers of the brain / Our thoughts are linked by many a hidden chain ...